CAPITULO XIII.

EL DIA NATAL.—LA CASA DE CICERON.—FELICITACIONES.—AGRIPINA Y LISIPO.

El aniversario ó cumpleaños, llamado *Dia Natal*, era entre los romanos, y por lo mismo entre los pompeyanos, un acontecimiento que se celebraba con las demostraciones mas palpitantes de aprecio y estimacion.

Era una de esas fiestas instituidas para estrechar de tiempo en tiempo, por comunicaciones llenas de afecto y de cariño, los lazos de la amistad, del amor y del parentesco que hacen el encanto, la delicia y el placer dulcísimo de la vida.

El dia natal, aunque sencilla y simple fiesta de familia, presentaba su lado encantador y religioso.

Ese dia se santificaba por el culto de las divinidades domésticas.

Los antiguos, segun dice Censorino en el libro *De die natali*, se ponian desde el instante que nacian, bajo el amparo del *dios Genio*.

El hombre, decia el antiguo filósofo Euclides, tiene dos *Genios ó Lares:* uno bueno y otro malo: al bueno se le denominaba *Lar*, y á los malos *Lemures* (1).

(1) Hablando de los Genios dice Plutarco en la vida de Bruto, que estando este una noche solo, con una lámpara encendida, pensando en los negocios de la guerra, se le apareció una trágica figura, de mayor corpulencia que la humana.—¿Quién sois? le preguntó Bruto sin amedrentarse.—Soy tu Genio malo, le respondió, y nos veremos otra vez en la ciudad de Filipo.—Está bien, contestó Bruto sin ningun miedo: allí nos veremos. El Genio desapareció, y Plutarco agrega que se le presentó de nuevo á Bruto antes que muriese.

Sócrates, segun dice Platon, tenia un Genio particular con quien hablaba.

Los romanos, pues, tenian, como vemos, el Genio del bien y el Genio del mal, como tenemos nosotros nuestro ángel bueno y ángel malo.

Al Genio del bien, bajo cuyo amparo se ponia la criatura desde que venia al mundo, se le rendia culto el dia natal.

Agripina se habia vestido desde por la mañana de blanco, como se vestia toda persona el dia de su natalicio.

Siguiendo la costumbre de aquella época en semejantes casos, la hermosa jóven se adornó con el mas delicado esmero, y honró á sus dioses lares, y muy particularmente á su *Genio*, que, como he dicho, equivalia á nuestro *ángel de guarda*.

Para acatarlos y manifestar su respeto y adhesion á estas divinidades, la hermosa quemó ante sus altares esquisitos perfumes, colocó en la cabeza de su Genio protector que presidia su destino, coronas de flores, y preciosas guirnaldas en el cuello, y le ofreció en seguida *liba* cruda; esto es, tortas hechas con harina, queso, huevos, aceite y miel, que se ofrecian á los dioses, unas veces crudas, y otras cocidas.

En aquellas *libas*, iba marcada la época del nacimiento.

Agripina, llena de religioso recogimiento, regó el altar con vistosas y aromáticas flores, quemó sobre él delicado incienso, derramó vino en el fuego sagrado, y dirigió en seguida fervientes plegarias al *Genio* para disfrutar de salud, vivir largos años, tener una vejez feliz, y alcanzar, en una palabra, todos los bienes que constituyen la felicidad de la vida.

Varias personas que la acompañaban ne aquella ceremonia, la felicitaron y leyeron producciones adecuadas.

En estas fiestas no habia ninguna inmolacion de víctimas.

Los antiguos romanos, cuando pagaban á su Genio el presente anual, tenian la costumbre de no manchar sus manos con sangre, á fin de que ningun ser tuviera que perder la vida el dia en que ellos habian recibido la suya.

Agripina habia recibido, como era costumbre, muchos regalos de sus parientes, de sus amigos, de las personas de su aprecio.

Estos regalos consistian en vajillas de plata, en copas del mismo metal ó de oro, en una sombrilla, en candelas de cera, túnicas, brazaletes, collares y otros objetos de gusto, todo segun la riqueza y la generosidad del obsequiante.

Inútil creo decir que los presentes se hacian segun la condicion y sexo de la persona á quien se ofrecian.

Pero no estará de mas advertir que este uso de dar regalos, daba lugar á muchos abusos, principalmente de algunas mugeres poco delicadas que comprometian diestramente á sus amigos, á sus amantes ó á sus parientes, á que les regalasen objetos de excesivo valor.

Entre las que mas abusaban de la expresada costumbre, debemos contar á las mugeres de vida poco honesta, llamadas *cortesanas*, que finjian á los que las galanteaban un dia cualquiera como el de su natal, para recibir obsequios; funcion que la renovaban varias veces en un año, señalando á cada nuevo apasionado, distinto dia en su natalicio.

Sin embargo, la gente bien nacida y honrada, jamas se valia de ningun medio para alcanzar obsequios, y estos solian ser espontáneos.

El dia natal presentaba para los amantes un lado sumamente agradable.

En ese dia, mugeres y jóvenes que no se hubieran atrevido á enviar un obsequio á un amigo, á un amante, se valian de la costumbre establecida, para ofrecerles un testimonio de amor ó de amistad.

Toda clase de presentes era admitida. Un cazador enviaba una liebre; un campesino un cabrito; un pescador un pez, y los poetas alguna composicion.

Agripina estaba mas hermosa que la hechicera Vénus al nacer de la blanca espuma de los mares.

Despues de los actos religiosos á que la vimos entregada, salió á la sala acompañada de su padre, de sus esclavas y de algunos parientes.

—¿Nada te queda ya que hacer de tus ocupaciones religiosas?—le preguntó su padre.

—Nada.

—Pues ya que fuí yo el primero que te felicitó por tu cumpleaños, á la vez que el que te presentó su regalo como prueba de paternal afecto, sea tambien el primero que te invite á dar un paseo por el jardin.

—Acepto con mucho gusto.

—Entretanto irán llegando las personas de nuestro aprecio; y el resto del dia lo pasaremos agradablemente en compañía de ellas.

—Así lo espero del favor de los dioses y de mi Genio protector.

—Marchemos, pues.

Agripina, acompañada de su padre y parientes, se dirijió al jardin.

—Lisipo te ha enviado un precioso regalo—dijo á la jóven su padre.—Dos preciosos anillos, dos brazaletes y un collar de perlas.

—Lo aprecio, no por su valor, sino porque ese presente revela que por mí haria todos los sacrificios.

—Esa es mi creencia, y no dudo que hará tu felicidad.

—Sin embargo, le acusan de libertino.

—No le juzgo impecable; pero sí creo que si adolece de alguna de esas faltas que hoy dominan á la juventud, tu amor le redimirá.

—¡Cuán bueno sois, padre mio!

En esta y otras conversaciones trascurrieron algunas horas.

Eran las doce del dia cuando un esclavo entró anunciando que ya estaba la comida, (*prandium.*)

Agripina y los que la acompañaban se dirijieron al *triclinium.*

Aunque en los primeros tiempos de Roma solo se hacia una comida á las tres de la tarde, despues se añadieron el *jentaculum*, que tomaban muy de mañana; el *prandium* al medio dia; la *merenda*, entre comida y cena, y la *comessatio*, propia solo de los glotones.

Convivia tempestiva eran las que se hacian á la hora regular, é *intempestiva* las que duraban una gran parte de la noche.

La comida que Agripina y sus parientes hicieron fué lijera, pues siendo costumbre terminar la funcion el dia del natalicio con un festin que se prolongaba hasta la noche y al cual eran convidados todos los parientes, quisieron únicamente tomar algo para poder esperar á la hora del banquete formal.

Despues, tomado el lijero alimento, se dirijieron á la sala para recibir á las personas que fuesen á felicitar á la jóven por su cumpleaños.

Agripina esperaba con afan la llegada de Lisipo.

Le amaba entrañablemente, y deseaba verle, y pasar á su lado aquel dia de obsequios y de galantería.

Conociendo que ya no debia tardar en presentarse, y queriendo aparecer á sus ojos lo mas hermosa posible, quiso ver si su traje ó su peinado se habian descompuesto durante el paseo del jardin ó en la mesa, y se levantó de su asiento para dirijirse al tocador.

—¿Te vas?—le dijo su padre con cariñoso acento.

—Voy á mi cuarto: vuelvo en seguida.

Y Agripina salió de la sala.

Pero ya he dicho que su deseo era ir al tocador y no á otra parte.

Afanosa por ver si estaba bien adornada y vestida, se miró á un brillante y gran espejo de plata, que imparcial amigo, le hizo notar que eran irresistibles sus hechizos.

Agripina quedó satisfecha con el imparcial y elocuente, aunque mudo lenguaje, del que con exactitud la mas sincera le presentaba su viva imágen, y se dispuso á volver á la sala.

Entretanto Lisipo habia llegado á la *Casa de Ciceron.*

El edificio en que habia vivido el célebre orador, y que fué desenterrado en 1778, ocupaba un sitio delicioso y retirado.

Lisipo no pudo pisar aquella casa sin conmoverse, sin sentirse lleno de respeto hácia el gran hombre que la habia habitado.

Recordó que en aquel mismo sitio habia escrito el ilustre sabio bellísimas producciones: sus tratados *de Officiis, de Divinatione et de Senectute*, y las cartas en que decia á Attico: "Habito en un sitio delicioso, y sobre todo bastante retirado: un hombre que compone, se encuentra aquí al abrigo de los importunos;" y al recordar esto no pudo Lisipo contener su emocion.

Por eso al fijar sus ojos encima de un nicho adornado de un frontispicio y de dos columnas, y leer una inscripcion nueva, extraña á todo lo que hacia relacion con el ilustre orador, sintió un disgusto notable.

Aquella inscripcion, que hoy se halla en el Museo, habia sido puesta, como he dicho, por un cuñado del último descendiente de Ciceron llamado Craso Frugo, que la habitaba, y que dispuso una parte del edificio para baños.

La inscripcion decia, y dice así:

THERMAE
M. CRASSI FRVGI
AQVA MARINA ET BAL.
AQVA. DVLCI. IANVARIVS L.

"Termas de agua de mar y baños de agua dulce de M. Craso Frugo, Yanuario, liberto, *director.*"

Cierto es que el edificio era siempre conocido, como es hasta el dia, por *Casa de Ciceron*, y que las habitaciones se conservaban sin hacer la menor alteracion en ellas; pero á Lisipo le parecia una profanacion el haber destinado una parte insignificante de la casa á baños.

Este sentimiento hacia que su respeto hácia aquella mansion en donde se crearon las obras mas sublimes del insigne orador, se acrecentase.

Lisipo admiró el *xystum* rodeado de pórticos con terraplenes, muchos de los cuales se conservan aún; cruzó por las piezas que conducian á la sala; examinó la riqueza de las pinturas, entre las cuales figuraban las *ocho bailarinas*, los *cuatro grupos de centauros* y los

doce faunos bailando sobre la cuerda; pinturas reproducidas con frecuencia en el grabado; fijó la atencion en la belleza de los mosaicos, entre los que figuraban las preciosas *escenas teatrales*, con el nombre del autor Dioscoride de Samos; admiró la magnificencia de los mármoles que por todas partes se ostentaban y que hacian el edificio digno del opulento orador que le habitó, y penetró por último á la sala en que se encontraban los parientes y el padre de Agripina.

Todos se levantaron para saludarle.

El cuestor dió la mano á todos, y luego se sentó al lado del padre de su amada.

Los amigos y muchas de las personas pertenecientes á la familia fueron llegando á poco.

La sala era espaciosa y estaba decorada con bellísimas pinturas.

Trascurrido un instante Agripina se presentó radiante de belleza.

Lisipo se dirijió al ser que idolatraba, y le saludó afectuosamente estrechándole la mano.

Agripina, que vió significado en aquella presion de mano, el placer que su amante tenia al verla, le envió una dulce mirada que envolvia un poema de ternura y de amor, en el que Lisipo bebió la suprema felicidad.

La linda jóven embriagada de dicha al traducir en las demostraciones de afecto del hombre que idolatraba, la correspondencia íntima á su pasion intensa, fué á sentarse en medio de dos amigas que la llamaron á su lado.

Aquella atencion, que le era imposible desairar, causó á los dos amantes una pena profunda.

Sus almas deseaban comunicarse, expresar en tiernas y sentidas palabras los afectos mas dulces, mas íntimos, mas puros del corazon, sus temores, sus esperanzas y hasta sus mas lijeros pensamientos.

¡Tienen tanto que decirse los que se aman! ¡Es tan sonoro para cada uno de los amantes el lenguaje del ser amado! ¡Hay tanta dulzura en él, tanto sentimiento, tanta expresion y seductor encanto!

Los seres que se aman son como dos límpidos arroyos que corren en direccion inversa para unirse en un florido valle, celebrando en suave murmurio el placer de reunirse. Poned un dique á cada uno de estos arroyos, separándolos por un instante, y las linfas detenidas se enturbian, pierden su alegría, y el espacio que les separa se convierte en árido desierto, en solitario y triste erial.

Así las almas de los que se aman corren en sentido inverso hasta encontrarse, y al unirse preludian ese dulcísimo concierto producido por las mas armónicas palabras inspiradas por el elocuente y poético amor que todo lo embellece, que todo lo anima, que á todo presta encanto y luz, contorno y colorido. Separad á esos amantes, y la tristeza se apodera de sus almas, el semblante pierde su animacion, la luz de sus ojos se amortigua, y el mundo para ellos, las flores, los astros, todo muere.

Agripina hubiera querido estar al lado de Lisipo; pero la educacion la obligaba á manifestarse contenta y agradecida con las amigas que la habian ofrecido el asiento en medio de ellas.

Sin embargo, sus ojos se dirijian de vez en cuando hácia el hombre que era el centro de atraccion en que giraban todas sus ideas, y sus miradas que se encontraban contínuamente con las de su amante, llevaban al corazon de ambos el placer y la ventura.

El cuestor Lisipo, al notar la pureza y la virtud del alma retratadas en el celestial semblante de su amada, se avergonzaba de ocupar algunos momentos en los amores de esas mu-

geres que venden sus caricias al mejor postor, y cuyo corazon gastado y muerto para el amor, no ambiciona mas que el oro de sus crédulos y engañados amantes.

Esto prueba que Lisipo, como habia dicho el padre de Agripina, podia ser redimido por el amor purísimo de su bella hija.

Lisipo, aunque se dejaba arrastrar de los placeres cuando se juntaba con sus amigos, conservaba en el fondo de su corazon el respeto á la virtud, y bullian en él los sentimientos de respeto á todo lo noble.

Cuando estaba al lado de Agripina, era un justo; cuando se asociaba con Salustio, un libertino.

La conversacion se fué generalizando á poco entre las personas que se hallaban en la sala.

Esta se fué llenando de amigos y de parientes que iban á felicitar á Agripina.

Los plácemes y las enhorabuenas empezaron á ser dirijidos por los concurrentes á la bella cuyo dia natal se celebraba.

Ya he dicho que en esas fiestas, instituidas para estrechar los lazos de los mas puros afectos, se valian los amigos y los amantes de comunicaciones las mas propias y tiernas para expresar sus sentimientos.

El dia natal solia ser por lo mismo, muchas veces, una favorable ocasion para revelar lo que el alma sentia, sin que se temiese la crítica de la concurrencia.

Lisipo, queriendo aprovechar la oportunidad de expresar todo su amor á la muger que idolatraba, habia escrito una composicion para leerla en aquel favorable instante.

Ya iba á ponerse en pié para hacerlo, cuando se levantó un hombre de respeto, cuya amistad hácia la familia era sincera, y sacando un papiro, dijo:

—No voy á leer una composicion original, sino la que escuchó Cerinto de los labios de uno de sus amigos, el célebre poeta Tíbulo, el dia de su cumpleaños: yo no he hecho otra cosa que acomodar el nombre de la hermosa Agripina al discurso, el cual entraña todos los sentimientos de afecto que yo consagro á la jóven á quien felicito.

—Tened la bondad de leerla—dijo el padre de la hermosa.

El obsequiante fijó sus ojos en el papiro, y leyó la siguiente composicion, que dará idea al lector de la manera con que se celebraba el dia natal en aquella época:

"Digamos palabras de buen agüero, porque este dia es el natal de Agripina. Hombres y mugeres que estais al pié de los altares, cautivad vuestra lengua. Que un piadoso incienso humee en el hogar; que en él se quemen estos perfumes que la opulenta Arabia nos envia. Que tu Genio protector, oh Agripina, venga coronado de flores y asista á los homenages que le tributamos. Que el nardo mas puro se exhale de su frente; que numerosos panecillos se depositen en su altar, y se le hagan copiosas libaciones de vino. Que te conceda cuanto tú le pidas. Vamos, pide: ¿qué deseas? Ya te escucha."

"Ya lo adivino. Deseas que tu padre goce de la vida largos años. Ya los dioses lo sabian, estoy cierto. Tú no preferirias á esta dicha ni cuantas riquezas concede la tierra al infatigable labrador, ni las hermosas perlas que el afortunado indiano recoje en las ondas del Mar Rojo. Tus deseos, tus votos, han sido acojidos por los dioses. Mira, ya viene hácia tí el amor batiendo sus delicadas alas; mira, él te trae guirnaldas de flores, lazos que te atarán por siempre, que llevarás aun cuando la vejez arrugue tu frente y blanquee tu rizada cabellera. Que entonces, este tu dia natal vuelva á verte feliz madre, rodeada de pequeños y graciosos hijos."

Este discurso pronunciado con acento agradable y excelente entonacion, fué recibido con manifestacion de aprecio por Agripina.

—Ya he dicho—advirtió el celebrado lector—que no he hecho mas que repetir la oracion que á su amigo Cerinto dirijió el poeta Tíbulo el dia de su natalicio, porque mi corazon abunda en los mismos sentimientos hácia Agripina.

—Los dioses os premien vuestros nobles sentimientos, como yo os lo agradezco—dijo la hermosa.

Entonces Lisipo, deseando manifestar á su amada todo el amor que la consagraba, se levantó de su asiento, sacó un papiro y se dispuso á leer.

Toda la concurrencia guardó profundo silencio para escucharle.

La composicion que iba á leer estaba calcada en la que un siglo antes habia sido hecha por Propercio, célebre poeta elejiaco latino, para celebrar el natalicio de Cintia (1).

(1) Sesto Aurelio Propercio, nació en Umbría el año de 52 antes de Jesucristo: escribió, entre otras cosas, tres libros de elejías y uno de cantos.

Lisipo, identificado con los sentimientos que Propercio expresaba á Cintia en su dia natal, no hizo mas que sustituir el nombre de esta con el de Agripina, y cambiar algunas palabras que la diesen un sabor local.

Henchido de amor, y afanoso de patentizar al ser que amaba toda la pasion y ternura de su alma, se adelantó algunos pasos hácia la hermosa, y con voz conmovida y armoniosa, pronunció estas palabras:

EL DIA NATAL DE AGRIPINA.

"Apenas comenzaba el sol á dorar el horizonte, cuando me pareció ver á las Musas de pié junto á mi lecho. Ellas me comunicaron el dia natal de la bella Agripina, celebrándolo con un triple aplauso."

"¡Oh dia puro y sereno! Vientos, permaneced tranquilos. ¡Mares! apaciguad vuestras temibles olas, y que reposen tranquilas en vuestras riberas. Que este dia no sea testigo ni de un solo dolor. Niobe (1) enjugue sus lágrimas: que el lastimero ¡ay! de Alcion no turbe los vientos, y que Progne cese de llorar la pérdida de Isis."

"Y tú, oh incomparable Agripina, tú que naciste bajo los auspicios mas felices, ven á dirijir á nuestros dioses justas súplicas. Desde los primeros albores del dia ya el agua pura ha disipado tu sueño; tus delicados dedos han arreglado tu brillante cabellera. Te adorna el mismo traje que te hermoseaba tanto cuando por primera vez fascinaste los ojos de Lisipo: no olvides sembrar de flores tus cabellos. Ven, y pide á los dioses que conserven por siempre tu belleza y tu imperio sobre las almas todas."

"Despues quemarás incienso sobre el altar cubierto de guirnaldas, y que las antorchas

(1) Niobe, hija de Tántalo, y esposa de Anfion, preciada de su fecundidad, llevó su osadía hasta el extremo de querer que se la prefiriese á Latona, en castigo de lo cual vió heridos á sus hijos por los dardos de Apolo y Diana. Nueve dias permanecieron en el suelo y bañados en su sangre, porque Júpiter habia convertido en piedras á todos los súbditos de Niobe. Al décimo dia, conmovidos los dioses de sus lágrimas, dieron sepultura á los cadáveres de sus hijos. La pobre Niobe, cansada de llorar, consintió en tomar alimento, pero convertida en roca, y colocada en la desierta cumbre de un monte, llora incesantemente la muerte de sus hijos.

sagradas iluminen tu casa con claridad propicia. Entonces nos entregaremos á los placeres de la mesa, y prolongando la noche en delicioso festin, respiraremos los perfumes del azafran, de mirra y de onix. Infatigables en nuestras danzas nocturnas, fatigaremos á los flautistas que las animan, y los espirituales y graciosos dichos inflamarán tus seductoras palabras. Los encantos de esta fiesta ahuyentarán de nosotros el importuno sueño, y las calles vecinas resonarán con el estrepitoso ruido de nuestra alegría. Tiraremos á la suerte, para que los dados decidan á cual de los dos ha herido mas el amor con sus flechas. Cuando se hayan deslizado así las rápidas horas, terminaremos este solemne aniversario pidiendo á los dioses tu constante felicidad, y á tu Génio protector el cuidado de tu interminable ventura."

Al concluir estas palabras, un aplauso general resonó en toda la sala, y Agripina manifestó á Lisipo, en los términos mas expresivos, toda la gratitud de su alma.

Como si el placer y la alegría que allí reinaban se hubiese comunicado por todo el edificio, estrepitosas carcajadas y voces de contento de personas de ambos sexos que habian ido á bañarse y á pasar el dia en aquel establecimiento, llegaron á la sala en que estaban los individuos que nos ocupan.

—Por todas partes reina el placer en el natalicio de la hermosa Agripina—dijo uno de los convidados.—La naturaleza entera rie, y la tristeza se esconde en los oscuros senos de la tierra para no turbar el regocijo de la creacion. Ved, amigo Lisipo—añadió asomándose á una ancha ventana que daba á un jardin—acercaos á presenciar aquel grupo de jóvenes que meriendan en la glorieta próxima al estanque.

Lisipo se acercó á la ventana, y dirijió la vista hácia el punto que le indicaba su interlocutor.

Al fijar los ojos en el grupo de personas que ocupaban la glorieta y reconocer á dos de ellas, se estremeció.

Aquellas dos personas eran Sostrata y Frigia.

Dos jóvenes libertinos las acompañaban.

Los cuatro estaban apurando en brillantes copas, los mas delicados vinos que producia la Italia.

Sostrata tenia echados al cuello de uno de los jóvenes sus blancos y torneados brazos, enviándole una mirada lasciva y lúbrica que él pagaba estrechándola contra su pecho: Frigia acariciaba con sus blancos dedos la cabellera de su compañero que, medio soñoliento por los vapores del vino, reclinaba la cabeza sobre su casi desnudo seno.

Lisipo se avergonzó de haber consagrado algunas veces su cariño á aquellas mugeres, que vendian su cuerpo al primero que les ofrecia algunos sestercios.

Al verlas sonreir y acariciar á los que con ellas estaban, se acordó de que en aquella misma noche le esperaban á él y á Salustio para mentirles el mismo amor que mentian en aquel instante á los ilusos que las obsequiaban.

—¡Oh!..... qué necios somos cuando nos dejamos cegar de las bastardas pasiones!—pensó para sí Lisipo.—Compramos el falso afecto de podridos corazones, muertos al amor y á los nobles sentimientos, y vivimos sin comprender los encantos y dulzura que atesora el corazon de una muger virtuosa!..... Acercamos á nuestros labios flores marchitas, manchadas en el fango de los vicios y sumidos en la sima de la corrupcion, no acertamos á levantar la cabeza hácia el delicioso vergel de la virtud, en donde modesta y pudorosa se presenta la apacible rosa brindándonos un mundo de felicidad y una atmósfera embalsamada de regalados perfumes.

Lisipo comprendió entonces como nunca, la enorme distancia que hay del sincero y tierno amor de una jóven púdica y virtuosa, á la libre cortesana que, haciendo una mercancía de su belleza, se presenta con la inmodesta desenvoltura del repugnante vicio.

La primera es el precioso brillante de subido precio, siempre resplandeciente, siempre puro, que reserva para su lejítimo dueño todo el valor de su pureza. La segunda es el reluciente vidrio que deslumbra por un momento al incauto que confunde su valor con el precioso diamante, y que desengañado al fin, se ruboriza de su ceguedad y de su lijereza, y acaba por arrojar de sí lo que compró á un precio que menoscabó su honra y su capital.

Nunca Lisipo comprendió mejor el valor de las virtudes de Agripina, como en aquel instante en que se presentaban á su vista en toda su repugnante desnudez, el vicio y las liviandades de Frigia y de Sostrata.

Avergonzado de su pasado, y resuelto á no volver á rendir culto á la diosa de la deshonestidad, se disponia á retirarse de la ventana, cuando fué descubierto por Sostrata.

—Mira, Frigia, mira quién está allí—dijo Sostrata á su amiga señalando hácia donde estaba el cuestor.

—¡Lisipo!.....

—¿Qué haces ahí, querido mio?—gritó la primera.—¿No quieres venir á tomar algo con nosotros? Baja, ven: te presentaré á estos caballeros.

Lisipo temió que Agripina comprendiese que se dirijian á él aquellas palabras, y se retiró un poco de la ventana.

—¿A quién invitan á bajar?—preguntó el padre de Agripina.

—A mí—contestó el que se habia asomado á la ventana con Lisipo, comprendiendo la comprometida posicion de éste.

Lisipo le estrechó la mano con disimulo, en prueba de gratitud.

—¿Son conocidos de vos acaso?

—Ciertamente.

—¿No bajas?—volvió á gritar Sostrata.

Lisipo palideció.

—Tengo curiosidad en ver á esa gente que goza del mas agradable humor—dijo el padre de Agripina dirijiéndose á la ventana.

Lisipo tembló temiendo que pronunciasen su nombre.

El padre de Agripina, al ver á las jóvenes, comprendió al momento la sociedad á que pertenecian, y sonriéndose maliciosamente, dijo con agradable acento al que trataba de salvar al cuestor.

—Teneis muy guapas conocidas.

Al escuchar estas palabras Agripina y todos los concurrentes trataron de conocerlas.

Lisipo estaba pálido y temblando.

Si Sostrata pronunciaba su nombre, era perdido.

El padre de Agripina, al ver que su hija se acercaba á la ventana con sus amigas, dijo quitándose de ella y con objeto de evitar que descubriesen el estado poco honesto que guardaban las cortesanas y sus obsequiantes:

—Dejémosles á sus anchuras: tal vez no les guste que les observemos: marchemos hácia el *triclinium*, que la hora del banquete ha llegado.

—Sí, sí—exclamó el individuo que veia la afliccion de Lisipo;—vamos al *triclinium*—y al decir esto cerró la ventana.

El cuestor volvió á estrecharle la mano, y le dijo en voz baja:

—Gracias: nunca olvidaré el favor que me habeis prestado.

El padre de Agripina suplicó á los concurrentes que pasasen al *triclinium*.

Los convidados salieron de la sala.

Lisipo respiró con libertad. Se habia salvado.

—¡Oh!..... —dijo interiormente.—Nunca volveré á degradarme comprando las caricias de esas desgraciadas.

Agripina y las personas que habian ido á felicitarla, entraron en el *triclinium*.

Al llegar á él, la música dió al viento sus deliciosas armonías.

Las paredes estaban cubiertas de enramada, de festones y de vistosos lazos, como era costumbre adornar el comedor en todo festin.

Lisipo, deseando disfrutar de la dulce conversacion de su amada, se sentó á su lado.

Inútil es decir que sus palabras revelaban el amor del alma.

¿Qué se pueden decir dos amantes, sino palabras de amor dulcísimas que llevan al corazon las soñadas venturas de la tierra?

Agripina, al lado de Lisipo, era feliz.

Al escucharle, no veia en él mas que al hombre tierno, cariñoso, que le hacia presentir una vida de inefables delicias, de felicidades sin término.

Las ideas con que habian tratado algunas personas de preocupar su mente pintando á Lisipo como á un libertino, desaparecian como las lijeras nubecillas al brillar el sol, para no ver mas que el esplendor purísimo y sin mancha del astro refulgente.

Por su parte Lisipo tenia campo espacioso para poder admirar las virtudes y la belleza de aquel ser perfecto, que era el polo opuesto de las hermosuras fáciles, que en vez de amor, alientan interes y falsía.

Los dos eran felices.

Agripina habia olvidado sus pasados recelos, y Lisipo no se acordaba ya de Frigia ni de Sostrata.

Pero ¿no se vió turbada aquella mútua felicidad por algun incidente inesperado?

¿No volvió la nubecilla de la desconfianza á nublar el sol de la amorosa confianza que brillaba en Agripina?

¿Las impúdicas cortesanas Sostrata y Frigia no llegaron á presentarse mas tarde á los ojos de los dos felices amantes, para despertar en la hermosa jóven el terrible dardo de los celos?

No podemos anticipar los acontecimientos.

Esperemos á que ellos lleguen, para que tomen á su cargo la empresa de revelar los sucesos.

Dejemos, pues, á los dos venturosos amantes entregados á las seductoras ilusiones que brotan de ese admirable sentimiento que constituye la vida del mundo entero, y ocupémonos de otros personajes que nos esperan, de Olinto y de Apoicide, á quienes dejamos surcando las ondas en una lijera barca en la ribera del Sarno.